

A Distancia

Por el Canónigo D. JOSE M.^a BELARTE VICENT

Era yo un niño en 1907, al morir don Antonio, y, naturalmente, no pude conocerle. Confío en que no faltará en estas páginas esa evocación personal y directa del biografiado, que ni yo, ni los de mi tiempo, podríamos dar. Soy del oficio y conozco sus secretos. Unos datos, algunas fechas, unas cuantas anécdotas, aderezado además todo ello con un poco de imaginación, son suficientes para poner en pie nuevamente un personaje, un acontecimiento histórico. Por esta vez prefiero desentenderme de todo ello y enfrentarme con la figura de don Antonio Chabret sin otras luces que desde la niñez han servido para iluminarme en el recuerdo su figura. No sé si con ello va a perder mucho la objetividad de la vocación. Lo que se pierda, se ganará en sinceridad; y vaya lo uno por lo otro.

El «Non totus moriar» del clásico se cumple de manera especial en el momento mismo de extinguirse esas vidas, que Dios envía alguna vez a los pueblos como relámpagos que les quiebran y desflequen la mortecina penumbra que envuelve la monotonía de su vivir diario. Don Antonio Chabret no murió del todo entre los saguntinos. A partir de 1907 comienza su nueva vida. El recuerdo diluye algo los perfiles de las personas y de los acontecimientos, pero también los suaviza y endulza. Yo empecé a conocerle en esa fase nueva de su vida, que se iniciaría precisamente en su muerte. Mis padres, unidos en estrecha y antigua amistad a don Antonio, solían evocar en las dulces y largas veladas familiares la figura de aquel médico antañón, que más que médico era el consejero, el amigo cordial, de las familias,

que se confiaban a sus servicios. Con sólo apretar ahora mis recuerdos de niño podría evocar la imagen formada a través de aquellas charlas familiares. Yo lo «veía» entonces como un hombre jovial, optimista, de ingenio chispeante, generoso, fácil a la ilusión y al entusiasmo, tocado de leve y dulce ingenuidad, que no era sino el reflejo de un alma sencilla y buena. Así lo he seguido «viendo» después. ¿Acertada la evocación- No se, pero no me importa. Digo lo de antes, lo que se pierda en objetividad lo habrá ganado la sinceridad. Vaya lo uno por lo otro.

Es hora de decir que no todo ha sido adivinación en las anteriores líneas. Los hombres tienen en su obra el mejor reflejo de su vida, y la obra de don Antonio creo conocerla bien. Desde su obra fundamental, la «Historia de Sagunto», hasta el último de sus folletos, toda ha estado en mi biblioteca. Mis padres conservaban amorosamente todos los libros de don Antonio, y a mí me han sido familiares desde mis primeros años de estudiante. A mi juicio, la «Historia de Sagunto» sirve bien como medida humana de don Antonio. Todo en ella es serio, concienzudo, riguroso, perfectamente documentado e interpretado, además, con penetrante sagacidad. Yo no necesito más para calcular su alto nivel de inteligencia. Y como pálpito de su sensibilidad, de su finura estética, ahí queda la serenidad con que está escrita. Nadie encontrará en ella ese desmelenamiento a que suelen ser fáciles los cronistas locales. A la patria, como a la madre, se la ama sea como fuere. La pluma de don Antonio no se dejó seducir por patriotismos históricos. La verdad es siempre el mejor servicio que se hace a los

individuos, como a las colectividades. Y la obra de don Antonio es homenaje permanente a esa verdad.

Habríamos de remontarnos a distancia, acaso de siglos, para encontrar otro saguntino tan lucidamente enamorado de su patria chica, como don Antonio. El entusiasmo es contagioso y los saguntinos de hoy deberíamos preguntarnos lo que nuestro saguntinismo le debe a esa serena locura —valga la paradoja— que tuvo don Antonio por su pueblo. El vacío que se produjo a su muerte está por llenar. Ya se sabe que figuras tan singulares no tienen una forja fácil Pero si en nuestra mano no está el hacerlas, sí, en cambio, podemos de alguna manera prepararlas. En un ambiente frío, indiferente, desdeñoso, será difícil la

aparición de una de esas figuras, a cuyo cargo queda el reavivar raíces para dar vida nueva a los pueblos. Pero quizás la cosa sería más fácil, si procuráramos, cada uno desde su puesto, un clima de hermandad, de unidad cristiana, donde florecería fácilmente la ilusión por el porvenir de nuestro Sagunto. Los saguntinos corremos el riesgo de tener los ojos demasiado puestos en las glorias que jalonan la historia de nuestro pueblo. Porque la vida sigue y el mañana lo hemos de forjar nosotros. Y yo, para poner punto final a este escrito, que se alarga demasiado, preguntaría a mis queridos compatriotas, y, claro está, me pregunto a mí mismo: «¿Qué haría hoy don Antonio Chabret por Sagunto? ¿No os parece éste buen examen de conciencia?»



Poesía de D. Gonzalo Cantó

en su visita al Teatro Romano en Octubre de 1.907

*En tu ausencia recorrí
esas augustas ruinas
y en las gradas saguntinas
flotar tu espíritu ví*

*Hoy que implacable la Muerte
te arrebató la existencia
tengo la firme creencia
de que si vuelvo he de verte;
y no vacilo ni un punto,
en afirmar que tu gloria
habrá de ser en la historia
eterna como Sagunto*

Gonzalo Cantó

